- Creo que ya lo encerraron una vez...
- Para droga, seguro...
- Porque estaba chiflado...
- Quería ser terrorista...
- Era del otro equipo...
- Por eso no se ha casado...
- No ha sido por eso...
- ¿Entonces por qué?...
- Como que no funciona...» (p. 129).

Las voces llegan a una conclusión poco sorprendente en ese contexto: «Dios los cría y ellos se juntan, ésa también lleva sangre azul en las venas pero tampoco se le nota» (pp. 102-103).

Helena Araújo intercala con notable eficacia los niveles del discurso, el monólogo interior, el diálogo colectivo. Respeta la verosimilitud expresiva de cada personaje. A veces incurre en alguna imprecisión. La argentina Sonia, por ejemplo, abusa demasiado del vocativo «che» hasta parecer estar parodiándose a sí misma, y en una ocasión comenta que a los estudiantes, «al *cogerlos* presos los vendan» (p. 93), usando un verbo tabú para cualquier rioplatense. Pero el tono general de la novela es muy convincente y la sátira alcanza a pulverizar los valores y las instituciones establecidas: en ese marco, organismos como el ICODEM (Instituto Colombiano de Municipios) se transforman en Instituto Colombiano de Malparidos, de Malhechores, de Maricones... (p. 84). *Fiesta en Tausaquillo* no es en absoluto una novela anticolombiana ni antipatriótica, aunque no sería raro que provocara el rasgamiento de vestiduras de los chauvinistas de siempre. Es, más bien, un texto que viene a enriquecer una veta importante, aunque no muy nutrida, de la narrativa latinoamericana: aquella que censura sin autocomplacencias nacionalistas y con la debida perspectiva crítica la hipocresía atávica de nuestras sociedades. La prosa de Helena Araújo, perfectamente adecuada a la escritura postborgiana de la nueva generación, reclama menos atención hacia su propio virtuosismo estilístico que hacia la compilación de las voces colectivas de su comunidad, en este caso las de la opaca y oportunista burguesía bogotana. Esta aglomeración de vociferantes y execrables personajes no puede llevar sino a la náusea, al vómito que Enrique arroja sobre Elsa en la última página como lavándola de sí misma.

JUAN MANUEL MARCOS

Oklahoma State University.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO: *La muerte de Alec*. Bogotá: Plaza y Janés, 1983.

La muerte de Alec es la primera novela de Darío Jaramillo Agudelo (Santa Rosa de Osos, Antioquía, 1947), quien ha publicado previamente los poemarios *Historias* (1974) y *Tratado de retórica* (Premio Nacional 1978). El texto adopta predominantemente la forma epistolar. El narrador, de regreso a Bogotá después de haber pasado una temporada en los Estados Unidos, se dirige a un amigo anónimo que vive en San Francisco para recapitular los acontecimientos que rodearon la muerte de Alec, un amigo común, hace unos siete años, en 1974.

La historia enlaza con sobrio equilibrio tres secuencias textuales. La primera

consiste en la descripción del ambiente bohemio de San Francisco, adonde el narrador se traslada, desde Iowa City, para pasar unos días en compañía de su amigo y de los amigos de éste: Alec, un veterano de Vietnam, aficionado al piano y a la fotografía; Buddy, un fontanero vegetariano y extravagante, apasionado del esoterismo y el *whisky*, y algunas chicas colombianas. Alec perece ahogado al volcarse su bote en un río a treinta millas al noreste de San Francisco. Ni el amigo del narrador, ni su amiga colombiana, ni Buddy —con quienes estaba pasando un domingo al aire libre—, ni la policía pueden encontrar su cadáver.

La segunda secuencia teje una serie de premoniciones y presagios que, según la imaginación un tanto febril del narrador, había ido señalando misteriosamente la tragedia: primero, el 2 de noviembre, día de difuntos, una estrafularia doctora Rur, graduada en Yale y dotada de supuestos poderes parapsicológicos, le grita al amigo del narrador: «¡Usted trae la muerte; alguien que se le acerque morirá!» (p. 44). Después, en medio de una borrachera en compañía de sus amigos, el narrador hace girar el cuchillo con el que estaban cortando el queso para aminorar los efectos del coñac, y la hoja se detiene señalando a Alec (p. 70). Y por último, el narrador, de vuelta a Iowa City, cree descubrir un augurio funesto en el símbolo del agua empleado por Felisberto Hernández en un relato que acaba de leer, y le envía una fotocopia del texto a su amigo de San Francisco, pero éste y Alec no hacen sino comentarlo despreocupadamente la víspera del domingo fatal (p. 112).

El narrador es escritor, y se encuentra participando en el Programa Internacional de Escritores de Iowa. Aunque al comienzo del capítulo doce afirma: «Estoy hecho de libros, pero a veces me gustaría que esta historia tuviera menos elementos librescos» (p. 80), la tercera secuencia del texto despliega un abrumador desfile de citas y alusiones literarias: Cicerón, Montaigne, Yeats, Michaux, Hermes Trismegisto, Burton, Lowry, Verne, Shakespeare, Borges, Marguerite Yourcenar, García Márquez, Bradbury, Mark Twain, Poe, Melville, Tomás Eloy Martínez, el citado F. Hernández, Macedonio Fernández, Supervielle, Mircea Eliade, Heráclito, Capote, Mailer, Bellow, Salinger, Graham Green (*sic*), etc. Estas referencias a veces contribuyen a definir la psicología del narrador y a crear un clima convincente del pseudointelectualismo alegre y pedante de estos jóvenes estudiantes del Tercer Mundo que se sienten deslumbrados por «el refinado buen gusto», la «deliberada libertad» de San Francisco (p. 49).

En otros momentos Jaramillo Agudelo describe con sarcasmo las fiestas místicas de la burguesía californiana, que parecen «una convención de altos ejecutivos acompañados por sus mujeres legítimas, señoras y señores del Club Rotario y cita semanal al psiquiatra, seriamente preocupados por las consumiciones de marihuana de sus hijos adolescentes y electores de Richard Nixon» (p. 37). También abomina de los excesos del poder, cuando el narrador censura Vietnam y Watergate y las atrocidades de Idi Amin Dada y Reza Pavlevi (p. 52). Sin embargo, la novela es en el fondo una declaración de solidaridad y admiración hacia la juventud, «sin narcisismo ni crueldad» (p. 59), de los Estados Unidos, representada por el mismo Alec.

Uno de los mejores logros de esta primera novela de Jaramillo Agudelo se basa en la vitalidad humana que se desprende de sus páginas, a pesar del retorcimiento de la narración en segunda persona verbal y de la sofocante, casi pesadillesca acumulación de datos enciclopédicos y parrafadas borgianas. La calidad poética de su prosa es sin duda impecable. Las páginas en que el relato adelgaza su lastre libresco para describir situaciones cotidianas, como el viaje en autobús del narrador a la oficina de correos de Iowa City (pp. 91-93), presentan la imagen auténtica de un autor que domina el arte de combinar el realismo psicológico y el lirismo entrañable de

las cosas comunes. Jaramillo Agudelo no sólo ha escrito una de las más interesantes novelas latinoamericanas de los años recientes, sino que ha potenciado en *La muerte de Alec* suficientes argumentos para hacer sospechar que no necesita citar a Borges para llegar a alcanzar una voz propia.

JUAN MANUEL MARCOS

Oklahoma State University.

ROBERTO BURGOS CANTOR: *Lo amador*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980.

Tal vez la única virtud de la literatura sea la de lograr confundir nuestra memoria, al punto de hacernos creer que lo narrado es también asunto de nuestra propia vida. Pocos libros pueden hacernos viajar, deslumbrados y compasivos ante el espectáculo de la vida, como lo hacen estos relatos de Roberto Burgos, un escritor joven y de una milenaria sabiduría: facultad que sólo tienen los locos, los ancianos y uno que otro hombre, náufrago en esta tierra en donde la intensidad del sueño y el desamparo lo han atado para siempre a ese difícil, desgarrador y prodigioso asunto de estar vivo.

Lo amador no es un libro más. Es un libro hecho con una desconcertante honradez literaria y humana, con una clara visión de lo que debe ser la literatura y con un respeto total por aquel hombre que se sienta solo ante un libro en el que espera encontrar el lugar del tiempo y la tierra en donde se halla.

Esa nomenclatura torpe de «nueva narrativa» es una clasificación hecha más por contabilistas que por escritores. No existe poesía nueva: hay o no hay poesía. Y en este libro la hay. *Lo amador* es un libro cierto, cuya amorosa recomendación puede hacerse con ese sentimiento de solidaridad que el desencanto de una vida diaria, un tanto mezquina, va alejando de nosotros. Es en verdad grato encontrarse con alguien que con tanta seguridad de oficio emprende el recuento de su ciudad natal, Cartagena, de sus gentes entrañables, de sus misterios, de sus derrotas y de su incontable grandeza ante una lucha imposible contra el tiempo y sus miserias.

La carga de nostalgia y poesía, así como la admirable prosa que lleva consigo *Lo amador*, devuelven cierta confianza en nuestros semejantes, cierto aliento de reconciliación con el mundo y sus designios, así como cierta esperanza en uno de los oficios más ingratos y difíciles que alguien pueda echar sobre sus hombros: la literatura.

Lo amador contiene siete relatos que forman un conjunto integrado de íntima continuidad. Cada relato deja, al finalizar, una pequeña puerta abierta hacia el relato siguiente, que en mucho se parece a la forma en que vivimos nuestros días, esos días «que uno tras otro son la vida».

SANTIAGO MUTIS

Instituto Colombiano de Cultura.